

PRÓLOGO Y PRELUDIO*

Juan David GARCÍA BACCA

«El Filósofo no puede perdonar a Dios el que no le hayan hecho asistir a la creación del mundo», —dícese que dijo Hegel, gran filósofo y Grande de la Filosofía.

Leibniz, otro poseedor de ambos títulos, no asistió al Gran Espectáculo de la Creación; se contentó con decir que tuvo que ser «per modum fulgurationis», a manera de relámpago.

Creyentes en Dios, cada uno de ellos a su manera, los dos; y, a su manera también, filósofos los dos, y grandes Grandes, se quedaron con las ganas, con el apetito de ver o de haber visto que es, según Aristóteles, el apetito natural del hombre.

Goethe, un ambiguamente creyente en Dios, se atrevió a mayores; y dijo que, al escuchar una fuga de Bach, le parecía ver a Dios haciendo en su seno toda clase de combinaciones de formas puras, antes de decidirse a la creación de un mundo sólido.

Hegel, por aquellos mismos tiempos, disfrutó de una visión divina equivalente, ¿mayor y mejor que la de Goethe?; y en la Introducción a su *Lógica* (Volumen I, p. 46, edición Jubileo) dejó escrito e impreso en letras góticas que «el contenido de esta lógica expone lo que es Dios tal cual lo fue en su eterno ser, antes de la creación de la naturaleza y de un espíritu finito».

Parménides, más cercano, si la hubo, a la Creación que todos ellos, pero menos devoto que Leibniz y Hegel, y, por griego —allá del siglo V antes de nuestra era— ambiguamente creyente en dioses y diosas, dejó cantado y escrito en un Poema lo que la diosa Justicia le reveló —le hizo ver con ojos inteligentes— de la esfera del Ser, del corazón intrépido de la Verdad, —«la bellamente circular».

Lo que vio Parménides y estaba desde siempre viendo la Diosa, era *La Esfera del Ser* en que todos y todo: dioses, diosas... hombres... estaban encerrados desde siempre y para siempre, encerrado precisamente lo que todos ellos tienen de *ser*, de *esencia*, de propiedad privada, inalienable (ὄνσια), de *ente* (ὄν, ἐόν). Esfera tan opresiva y apretadamente regida por la diosa Justicia que todo lo que dioses, diosas, hombres tienen de «no ser» resume, transpire de la

Esfera, y pase a constituir el mundo de las apariencias en que «se apacientan los mortales.»

Dentro de la Esfera del Ser queda, de todo y de todos, lo inmutable, lo eterno, lo regido por principios *necesarios*, cual los de identidad, disyunción, anticontradicción; y un camino, un riencias en que «se apacientan los mortales». método, único por el que circular el pensamiento, reducido a «inteligencia inteligente» (νοῦς), que es lo que le queda a la mente natural después de que la Justicia, apretando, estrujando con «inextensibles vínculos», exprimió todo lo que tiene de opinión, de merodeo y vagabundancia, la mente en estado natural.

En última instancia es la diosa *Necesidad* (Ἀνάγκη) la que predomina. A Ella están sometidos hasta los dioses, incluido Júpiter; o con Ella no pueden pelearse —expresiones, ambas, del mismo convencimiento clásico griego Ἀνάγκη οὐδὲ θεοὶ μάχονται, Simónides, *Fragm.* 5, 21. Aun en tiempos de Sócrates y Platón.

Necesidad, diosa sin cara, faz, estatua. Cuales, y bellas, las tenían otros dioses y diosas.

Necesidad tiene «principios», —identidad, disyunción... No tiene atributos o atribuciones, cual Júpiter, Venus, Apolo, Diana, Marte...

Necesidad rige el mundo del Ser y de los seres por «principios». Júpiter, Venus, Marte, Prometeo, Apolo..., lo rigen por Gobierno, pasiones, ayudas, oráculos...

La misma diosa Justicia (Δίκη) —carente de cara, faz, estatuas «bellas» y «muchas», como las tenían Júpiter, Diana, Apolo...— revela a Parménides la «ontología», no, leyes o normas de justicia social, conmutativa, distributiva...

Revela «principios», —lógicos. Es decir: Justicia es Necesidad. O Necesidad, estrujando a Justicia le hace rezumar lo que de moral, legal, jurídico, comerciable... tiene; que es lo que los mortales toman por justicia y actos justos y cosas justas; y para sí misma reserva de tal Justicia lo que tiene de «ser»: de «principios» inmutables, eternos, irrompibles. Justicia transformada en «Necesidad onto-lógica».

En sapientísimo refrán dice el pueblo: «Dios aprieta, pero no ahoga; afloja, pero no suelta».

Necesidad aprieta; no afloja. Y ahogaría a los entes, a las cosas, personas y sucesos si no se diera otra diosa —sin cara, faz, estatuas capaces de competir con las bellas y muchas de Apolo, Júpiter, Venus, Marte...— que se encargara

* Aquest pròleg pertany al llibre *Parménides* (s. V a.C.), *Mallarmé* (s. XIX d.C.). *Necesidad y Azar*, que publicarà aquesta tardor Anthropos, Editorial del Hombre.

—y es su cargo y carga— de aflojar cuando Necesidad intenta, atenta, va a ahogar.

Es la diosa «Azar» (Τύχη).

Y complementariamente: cuando «Azar» afloja tanto tanto y suelta tanto a tales o cuales dioses, hombres, cosas, sucesos... que la Esfera del Ser corre peligro de deshacerse, des-serse, en miles y miles de cosas sueltas, inconexas, variopintas, Necesidad la Forzula (κρατέρη Ἀνάγκη) estrecha los límites, y hace de ellos cárcel circular.

Desde Parménides, *Necesidad* ha ido, progresiva e inevitablemente, apretando, sin aflojar, sin soltar; y casi casi ahogando espontaneidad, vida, libertad.

La necesidad lógica —Necesidad, diosa en ejercicio sobre inteligencia— resulta ser necesidad del ser y del pensar; y serlo además del ser y pensar matemático; y serlo del físico, del moral, del religioso. En todos ellos rigen identidad, disyunción...

Necesidad lógica-necesidad matemática-necesidad física-necesidad moral...

La diosa *Azar* reduce —reducía por entonces— su dominio a casos de buena o mala suerte; a ser feiz por «buena suerte» (εὐ-τυχία) o infeliz por «mala suerte» (ἀ-τυχία), a hallazgos, encuentros, encontronazos, reconocimientos, a juegos de azar (de dados, de tabas...); se echó a suertes y le cayó a...

Los dominios de *Azar* son los dominios del porque sí o del porque no. No tiene leyes. Y pareciera que, por constitución, no puede tenerlas. Así que *Azar* afloja al azar; «a lo mejor», y le cae a uno o una la buena suerte, porque sí; o, «a lo peor», afloja porque no; le da por no aflojar —y le cae a uno o a una la mala suerte.

Necesidad tiene ya desde Parménides —y más aún desde Aristóteles— cálculo propio: cálculo lógico, cálculo matemático, cálculo físico-matemático, en fase de iniciales.

Azar —diosa aún veleidosa, caprichosa, irreformable— no tiene, aún, «cálculo». Aun los jugadores de profesión, de paso, creen en ella; creen en el *Azar* y creen que oponerse a ella es trampa.

Cálculo lógico, cálculo matemático no es trampa hecha a *Necesidad*; sino, al revés, son sus maneras propias de realizarse, de hacerle el debido acatamiento.

El cálculo lógico es necesario.

El cálculo matemático (geométrico, aritmético) es necesario.

El cálculo lógico o matemático de *Azar* fuera la Trampa de las trampas. Atentado frustrado de trampa. *Azar*, la diosa, se encargaba de frustrarlo. No tenía que hacer nada sino dejar que *Azar* fuera azar; que Ella fuera ella misma.

Así hasta Pascal.

El caballero «de la Méré», jugador de profesión y vocación, sospechó que *Azar* —juego de dados...— tenía leyes —no trampas o trucos; no había buena o mala suerte. Pascal, por amigo de la Méré —amigo de las posibles «leyes»; no, de la moral del jugador—, descubrió las leyes más sencillas del «cálculo de probabilidades» —que así se llamará con título inocente, a-moral.

La diosa *Azar* había dejado de ser diosa, desde siglos y siglos. Desde el Cristianismo. Todavía Pedro echó a suerte lo de quién de entre los candidatos a apóstol sustituiría a Judas. La suerte le cayó a Matías, y completó el número de doce. No sin que previamente Pedro rogara a Dios, vidente del corazón de todos, que mostrara a quién elegía para tal puesto. Si *Azar* ni era diosa ni tenía leyes, nadie podía hacer trampas. La Trampa consistía, aún, en creer que había tal diosa o que había leyes de *Azar*.

Pascal no creía en tal diosa; mas llegó a saber que *Azar* tenía leyes: todo un cálculo matemático. Desde él, de la Méré no tuvo que hacer trampas para ganar; supo por qué, a veces, perdía; y apostó racional, calculatoriamente.

Por aquellos mismos tiempos, Leibniz trataba de añadir a las leyes de *Necesidad*: a los principios de identidad, anticontradicción, disyunción, uno más que hubiera hecho la felicidad de Parménides quien decía

que sin el ser, en que se manifiesta al hablar, no hallarás al pensamiento.

Leibniz cree haber descubierto el principio que rige *inflexiblemente* (ἀν-άνκη) las relaciones entre pensar y ser; entre Necesidad pensamental y Necesidad ontológica. El llamado, clásicamente, «principio de razón suficiente»: «Todo tiene razón suficiente de por qué existe, más bien de por qué no; si existe, tiene razón suficiente de por qué es tal, y no cual; si es tal, tiene

razón suficiente de por qué es tal así, más bien de que por qué es tal asá».

Razón suficiente; sin sobras ni faltas. Justa, exacta.

Para las tres disyunciones subordinadas, hay razón «exacta»:

«Ser o no ser» (Parménides).

Si es, «¿es tal o cual?» (Leibniz).

Si es tal, «¿es tal así o asá?» (Leibniz).

Todo tiene ya esa triple razón; es triplemente racional, triplemente necesario.

Y además, y es secuela o aplicación del principio, el pensamiento, el pensar tiene que dar de todo esa triple razón: dar razón de por qué algo —sea Dios, dioses, hombres...— existe, más bien que por qué no existe; si existe hay que dar razón de por qué es tal, más bien que cual...

Triple obligación racional de la razón, del pensamiento.

Coinciden en una, pues, las leyes (obligatorias, ligadas) del ser y las del pensar.

«El orden y conexión de las ideas es el mismo que el orden y conexión entre las cosas», —y al revés complementario.

También por ese mismo tiempo lo afirmará Spinoza.

Y algo más tarde, dirá solemnemente Hegel:

«Todo lo racional es real, y todo lo real es racional».

La Necesidad —diosa o no—, «la Forzada», ¿habrá ya apretado tanto tanto que todo pensar esté ahogado en Mar de realidad; y todo ser lo esté en Mar de racionalidad?

Dejemos en paz a los filósofos, pues, al parecer, y documentalmente —por documento público impreso, escrito y suscrito por ellos— estaban en paz, contentos y satisfechos de que rigiera en el universo del ser y del pensar «triple Necesidad»; rigiera en su pensamiento y en su ser —en el de ellos.

La diosa Azar, depuesta teológicamente desde el Cristianismo, desamparada por los filósofos, casi olvidada bajo su «incognito» de «cálculo de probabilidades» desde Pascal, resurgirá, en 1812 con los honores matemáticos debidos, en «Théorie analytique des probabilités» de Laplace (1749-1827).

En el *Banquete* se lamentaba Fedro, uno de

los comensales y oradores, de que habiendo los poetas, algún poeta, compuesto himnos en honor de tantas cosas, y hasta en honor de la Sal, se hubieran descuidado de celebrar al Amor, a Eros, ¡tan gran dios!

No muy lejos temporalmente de Laplace, y en el mismo lugar que él y francés como Pascal y Laplace, surgió el único poeta que ha celebrado a Azar en poema que es en unidad, en «acorde» supramusical, literario, filosófico, musical y astronómico por el contenido; y nuevo, original, desconcertante y desafiante por la forma literaria y biblio-gráfica:

Un coup de dés jamais n'abolira le Hasard (1897).

(Stéphane Mallarmé) (1842-1898).

«Nunca jamás, una jugada de dados abolirá el Azar».

No solamente lo racional, la necesidad racional, no puede abolir a Azar, sino que a Azar no lo puede abolir ni un saque de dados el más fabuloso y peligroso: el lanzado en circunstancias eternas, en ámbito y dominio de Necesidad.

A Azar no lo ahoga Necesidad; ni él mismo puede ahorcarse.

(I) *Dominios de Necesidad* (creciente)

(I.1) Pensar y Ser son una y la misma realidad. (Parménides).

Los principios del Ser son principios del Pensar. (Parménides) (siglo v a.C.).

El pensar, cuando se pone a hablar, tiene que hablar de Ser. (Parménides).

Al pensar lo hallarás siempre expresándose en ser. (Parménides) (siglo v a. C.).

(I.2) Todo lo real es triplemente racional. (Leibniz) (siglo XVIII p.C.).

(I.3) Todo lo racional es triplemente real. (Hegel) (siglo XIX p.C.).

(II) *Dominios del Azar* (creciente)

(II.1) Todo juego es simplemente racional, con racionalidad aritmética (Pascal) (siglo XVII p.C.).

(II.2) Todo lo probable (aleatorio) es doblemente racional con racionalidad analítica. (Laplace) (siglo XIX p.C.).

Nunca, jamás, una jugada de dados abolirá el Azar (frase primera del poema de Mallarmé).

(II.3) Todo pensamiento no hace sino echar una vez los dados (frase final del poema de Mallarmé).

Luego «Ningún pensamiento abolirá jamás a Azar».

Es consecuencia a sacar por un filósofo de profesión, condenado a racionalidad por Necesidad de oficio, de ser y de pensar.

«Todo pensamiento, aun el producido en circunstancias eternas, bajo dominio triple de Necesidad racional, jamás abolirá el Azar».

Mallarmé es el antiparménides.

No se trata de una disyunción decisiva y tajante entre Necesidad y Azar. Necesidad-o-Azar. Sin términos medios, componendas o colindancias.

Ni se trata tampoco de «y»; de conjunción copulativa: de un «tanto como».

Necesidad-y-Azar.

«El Ser-y-El Tiempo», —«L'Être et le Néant».

Ni se trata de ser y/o indiferentemente a disyunción y a conyunción.

Necesidad y/o Azar. Invento para fluidez financiera privada.

Las tres fórmulas son escapatorias del problema, actual y bien actual, urgido de planteamiento y urgidísimo de solución —o de truco, trampas, mañas...?—: «Ser o no ser»?; Necesidad o libertad? Determinismo o Probabilismo?

Parménides o Mallarmé —problemas en primer plano «poemático».

Aristóteles-Leibniz-Espinoza-Hegel o Pascal, Laplace, —problema en plano filosófico-matemático.

Actualmente —1901 a 1980— el problema o cuestión: «To be or not to be, that is the question» de las relaciones entre Necesidad y Azar se plantea en siete niveles: poemático, filosófico, matemático, físico, biológico, cósmico y nuclear, primariamente; y, secundariamente, en los campos político, social, económico, religioso...

Cuando se oye hablar, o se leen esas palabras y frases de «estadística, cálculo de probabilidades, estadística-probabilística de gases (Boltzman, 1896); estadísticas de fotones (Bose-Einstein); de electrones (Fermi-Dirac), de gravitones..., lo inofensivo de «estadística», lo inocente de «cálculo de probabilidades» ocultan, sin proponérselo, sin conseguirlo, la gravedad «real» creciente en las frases: «estadística probabilística de gases» —bien *reales* ellos físicamente; «estadística de fotones»: *realidad* de la luz y de las radiaciones de que todos y el Universo, vivimos, somos y en que nos movemos para ver, mirar, ser vistos, ser radiografiados...; «estadística de electrones», neutrones, protones... *realidad básica* de todos los cuerpos del universo; así de la de cada uno, uno por uno, de nosotros: sea hombre, hombre-dios... planta... estrella... nebulosa...; y «estadística de gravitones», «cuanta» propios del *realísimo* campo gravitatorio, métrico, del universo, y de todos nosotros. Todo ello —resumida, simplificada— entra en el dominio de Azar. Son maneras bien reales, realísimas, comprobables, de manifestarse: de ejercer su dominio sobre el Universo en conjunto y sobre todos los integrantes, los «internados» en Él. Dominio continuo, según Leyes.

Han sido y son altavoces —amplificadores a veces— de Azar, matemáticos y físicos, muchos y grandes...; y poetas, pocos y grandes, de nuestros días: uno de ellos Mallarmé.

Han sido y son altavoces —amplificadores siempre— de Necesidad filósofos, matemáticos y físicos, muchos y grandes de todos los tiempos. Y un solo poeta grande: Lucrecio, en *De rerum Natura*.

En esta obra —el Prólogo y Preludio de la cual terminan con el párrafo siguiente —se propone el Autor, y propone al Lector, definir Necesidad y Azar, señalar los linderos de sus dominios, las transgresiones e interacciones entre ellos; y, una vez explicado tal evidentemente previo tema, tomar conciencia Autor y Lector de que Necesidad y Azar físico-matemático nos sub-tienden, sos-tienen y sus-tentan; son nuestra base y fondo realísimo, sin los cuales, a la una, acordes, no tendrán ni sentido ni fuerza *real* Leyes y Libertad: *reales* las dos.

Advertencias

1. Se reduce la técnica —filosófica, matemática, física, literaria, musical, astronómica— al mínimo indispensable para poder tomar conciencia del tema, obsesionante, inevitable, de «Ley y Libertad».

2. Se enmarca el tema entre dos poemas: el de Parménides y el de Mallarmé, a fin de dar a lo técnico una tonalidad que inspire, sugiera, incite al Lector en cuanto persona que está siendo, plázcale o no, «armonía *multitensa*, cual la del arco, cual la de la lira», entre Ley y Libertad —sea dicho— remodelando sentencia de Heráclito. Armonía, acorde, de Ley y Libertad; y no «componenda, compromiso» entre Ley y Libertad.

3. Si no se indica lo contrario las traducciones son del Autor. Se cita literalmente y no en

su lengua original lo que son deudas mayores de fidelidad, a fin de no recargar el texto con escrúpulos de fidelidad. El lector reconocerá lo que es cita no citada por el tono del contexto.

4. El Poema de Parménides está tomado de la obra «Fragment der Vorsokratiker», de Diels-Krantz. El Poema «Un coup de dés», de la edición Les Belles Lettres, Pleiade; lo mismo que las demás citas expresas de Mallarmé.

5. Al final de la obra se mencionan las obras, referentes al tema, de diversos autores.

6. El Autor emplea constantemente el griego, aun visualmente impreso, para intentar pretenciosamente algo así cual un segundo Renacimiento; seguido el primero con el nacimiento de la Ciencia y Técnica actuales, colaborando en que el segundo fuera inauguración de Ciencia y Técnica a la altura de «porvenir»: el de algunos siglos, al menos, posteriores al veinte.